

LA IZQUIERDA SOCIOLOGICA GANA EN FRANCIA

EDUARDO HARO TECLEN

HACE diez años, casi día por día, el partido que ahora domina Francia como nunca pudo hacerlo otro era un amasijo, unos restos de naufragio a la deriva. Se llama todavía SFIO (Sección francesa de la Internacional Socialista) y estaba configurado —y destruido— por un solo hombre, Guy Mollet. Había atravesado un período amargo de la historia de Francia y del mundo: la guerra fría. Era el tiempo de la derecha y de los comunistas: los comunistas; los comunistas se habían organizado, endurecido y popularizado durante la Resistencia a la ocupación alemana y una derecha llamada centro —como siempre— les cortaba el paso, fortalecida por los dólares, la inmensa máquina de propaganda y la capacidad de hegemonía de los Estados Unidos. La guerra fría era la fórmula para cortar el paso a la Unión Soviética; enfrentarse a la Unión Soviética era enfrentarse —limitar, perseguir, condenar— al partido comunista, y enfrentarse con el partido comunista era disminuir las posibilidades de la izquierda incluso de la democracia, partiendo del supuesto de que izquierda y democracia eran, por sus fórmulas abiertas, por sus libertades fundamentales, un vehículo para los comunistas (y, claro, para la URSS...GN La SFIO estaba, por lo tanto, en una situación dramática. Su anticomunismo era histórico —de la época de la escisión—, pero tenía que demostrarlo cada día; cuando estaba en la oposición y cuando era llamada a gobernar. Guy Mollet eligió el camino de la derecha. Eligió, sin duda, a De Gaulle; eligió las «alianzas tácticas» con los partidos de centro (derecha). Cuando gobernó, fue duro con los argelinos que luchaban por su independencia, fue repre-

sor de las otras izquierdas, limitó los salarios, se puso de parte del capital. Por no ser nunca considerado como «compañero de viaje» de los comunistas, fue compañero de viaje de la derecha. Y «tono útil»; se le llamaba a gobernar cuando era preciso que fuese una izquierda la que se manchase las manos...

La consecuencia fue que la SFIO se hundió. La izquierda la consideró ajena; y la derecha prefería a la verdadera derecha, la de toda la vida. Cuando en 1969 presentó un candidato a las elecciones presidenciales—De Gaulle había caído tras los sucesos de mayo de 1968— este candidato, Gaston Defferre, hoy ministro de Mitterrand, no obtuvo más que el 5,1 por ciento de los votos. En las legislativas de 1968 se había conformado con un 16 por ciento. El partido se deshacía en tendencias, en escisiones; en Clubs. Los «jefes históricos» estaban convencidos de que hacía falta una renovación profunda, pero esa renovación sólo podía hacerse mediante la derrota del más histórico de todos ellos, el secretario general Guy Mollet. Para que esto sucediera era casi necesario un complot dentro del partido, una labor casi clandestina de irle robando votos, adhesiones, amistades, fidelidades antiguas...

Todo esto cuajó en el Congreso de Epinay, entre el 11 y el 15 de junio de 1971: diez años, casi día por día, antes de este increíble ascenso del partido a la cúpula del poder. Se ha llamado al Congreso —desde fuera del partido— «la conjuración de Epinay». Era, en efecto, una conjura, en la que estaban ya comprometidos algunos de los hombres que ahora emergen a los grandes puestos del Estado. Pierre Mauroy representaba una derecha del partido, Gaston Defferre —«Monsieur X» en el sobrenombre de propaganda que le dio la campaña electoral que había de perder— también. Desde la izquierda trabajaba Pierre Chevenement. Estaba

Jacques Attali, autor de los nuevos planes económicos del partido. Y estaba, en el fondo de todo, Mitterrand. Discreto, inteligente, astuto, había conseguido que todos los hilos cruzasen por su personalidad. Mitterrand era un hombre, sin embargo sobre el que pesaban algunas dudas. La principal: era considerado como un aventurero de la política. Había emigrado de un partido a otro, de un gobierno a otro, incluso de la derecha más cerril: el gobierno Laniel («la dictadura con cabeza de buey», en una frase célebre de François de Mauriac, más expresiva cuando se contemplaba el rostro grueso y plano de Laniel). Había pasado por algunas situaciones inverosímiles. Y, desde luego, no era socialista. Había una coincidencia de intereses entre los socialistas y Mitterrand. Estos necesitaban un hombre que no hubiera estado comprometido con las desgracias del partido en los últimos años, que tuviera algunos rasgos convincentes de izquierda práctica (Mitterrand venía de la única experiencia izquierdista y democrática, y al mismo tiempo no comunista —que no es lo mismo que anticomunista— de Mendes-France; y se había opuesto con fuerza y con eficacia al ascenso de De Gaulle en 1965); Mitterrand, a su vez, necesitaba una organización de partido un esquema, unos militantes, para operar un trabajo de gerencia política; y el partido socialista tenía todo ello, porque lo que estaba hundida era su imagen política, no su organización. La conjunción se produjo. Los conjurados de Epinay lanzaron a Mitterrand a la secretaría general el último día del Congreso, y la ganaron.

Este cangrejo ermitaño metido en el caparazón socialista comenzó a hacer un trabajo profundo. Un trabajo de gerente, de hombre de empresa cuya empresa fuese un partido político. En primer lugar, trató de unificar las tendencias, las dispersiones; lo fue consiguiendo mediante trabajos



Voltaire y Rousseau paseaban por el prado de la gloria, intercambiando la ironía maliciosa y la bondad natural. Se dijo que habían sido los padres de la Revolución, pero no podrían imaginar que su paternidad iba a extenderse a las elecciones francesas de 1981.

de fondo sobre los grandes temas nacionales. En segundo lugar, emitió un objetivo para la lucha política: «Cambiar la vida». Esta frase, título del primer programa del Partido Socialista —que ya desde antes había abandonado su nombre dudoso de SFIO, que la hacía demasiado relacionado con el internacionalismo obrero— es la que ha dominado las elecciones de mayo-junio de 1981. Es interesante cómo enfocó la labor de gerente François Mitterrand: reforzando las ideologías del partido, renovándolas. Precisamente él, que no era un ideólogo —aunque tuviera una sólida formación—; y es que, como los grandes gerentes, había comprendido que lo primero que había que hacer —más allá de las reorganizaciones internas, de las luchas por el poder, de las maquinarias electorales— era mejorar el producto. Comprendió lo que no siempre se ha comprendido en los partidos: que el abandono de la clientela se debía no a cuestiones externas, no al simple *marketing*, o a la culpa de los otros, a la concurrencia, sino a que el cliente no gustaba del producto político que fabricaba el partido socialista. Era la época en que se le culpaba de «socialmediocracia»; Mitterrand no tuvo miedo al término original, sino a su caricatura. No le importó fabricar una especie de socialdemocracia aunque no emitiera su

nombre (ahora, después del triunfo, uno de los cantores del PSOE, Jean Daniel, escribe que no hay que tener miedo al término socialdemocracia). Mitterrand comprendió pronto que no se trataba simplemente de vender un producto a los socialistas franceses, sino al público francés: hacer que los votantes no se considerasen socialistas por el hecho de votar al partido, sino que votaban unas soluciones colectivas e individuales. Fue borrando —prohibiendo— la jerga del partido en los comunicados, los programas, los discursos: no se hablaba sólo para iniciados, para gente de dentro, metida en claves, nombres y vocablos, sino para todo un pueblo.

La sensación de la izquierda había que darla, además, mediante un cambio radical de relaciones con los otros partidos de la izquierda y, principalmente, con los comunistas. No se podía seguir con la situación de la guerra fría. Viéndolo desde esta perspectiva de 1981 asombra comprobar de qué forma ha jugado Mitterrand, como el gran gato que es, con el ratón comunista, cuando la realidad es que, hasta ahora mismo, los votos y la influencia del PCF han sido superiores a los del PSF. Y, sin embargo, el juego de Mitterrand ha sido el mismo durante estos diez años: estimular la angustia del PCF por salir de su aislamiento político,

por volver a estar en sociedad; prometerles la colaboración, la coalición, la ayuda, y al mismo tiempo hacer un guiño a la sociedad francesa para demostrar que los comunistas no gobernarán con él. Lo ha conseguido de tal modo que en estas mismas elecciones ha borrado del mapa al partido comunista, mientras los comunistas le votaban. Algunos de estos militantes con los que he conversado en París durante el tiempo electoral pueden ser descritos como ejemplo de esta angustia típica: han votado a Mitterrand sabiendo que su capacidad de burlarse de los comunistas es infinita, pero con la esperanza de que los colocase un par de ministros, de forma que su presencia en el gobierno compensase la falta de diputados. Pero hasta el primer turno electoral —14 de junio—, los comunistas creían aún que Mitterrand podía llegar a ser en cierta forma su prisionero, que iba a necesitar de los votos comunistas en la Asamblea para mantener la mayoría, y que le iban a tener a su merced. Es al revés: es Mitterrand el que tiene a su merced a los comunistas —aun dándolos cuatro Ministerios—; les trata con la cortesía de quien sabe que sus votos le han sido muy útiles en las elecciones, pero haciéndoles ver a ellos, y al país, que no le son en absoluto necesarios. Desde que en 1972 comenzaron las

UN ACONTECIMIENTO EUROPEO

conversaciones entre socialistas y comunistas, en busca de una Unión de la Izquierda —mil veces rota, mil veces recomenzada— hasta nuestros días, la historia de juegos socialistas-comunistas no ha dejado de ser siempre la misma. Cierto que no hay que atribuirse todo a la habilidad de Mitterrand y a su capacidad; hay mucho que culpar a la incapacidad de Marchais y de la dirección del partido. Cada vez que Marchais rechaza los proyectos políticos de Mitterrand y se refugia en la «pureza» del partido, le estaba haciendo un favor; cada vez que volvía a verse aislado y sin esperanzas, le estaba haciendo otro. La realidad es que el Partido Comunista Francés se ha hundido por sí mismo, por sus vaguedades entre el euroco-

munismo y la posición clásica, por sus indecisiones respecto a la Unión Soviética; dentro del PCF hay en estos momentos un movimiento de fondo, a cargo de los que siguen siendo militantes —otros muchos se han quedado en el camino— en busca de una renovación. Prácticamente, el PCF está hoy en la situación en que se encontraba el PSF en 1971: hay unos restos de naufragio a la deriva, esperando un piloto. Pero dentro del partido es más difícil limitarse a encontrar un buen gerente...

En junio de 1972 se firmó el programa común de socialistas y comunistas; no había terminado el mes cuando Mitterrand, en una reunión de la Internacional Socialista —Viena— declaraba: «Nuestro objetivo es el de

rehacer un gran partido socialista sobre el terreno ocupado por el PC. De los cinco millones de electores comunistas, tres millones pueden votar a los socialistas». Es lo que acaba de suceder. Sería ingenuo decir que se trataba de una profecía, de una iluminación de Mitterrand: era un proyecto, y la misma declaración pública formaba ya parte de este proyecto. Decirles a los comunistas que estaba con ellos, y a los no comunistas que se trataba de un pacto para robarles votos, estaba dentro de ese juego del ratón y el gato. Marchais y su partido no podía alegar ninguna ignorancia. Y, sin embargo, no ha sabido reaccionar. Todavía en las elecciones legislativas de 1973 —marzo—, con el programa común en marcha, los comunistas obtenían el 21,4 por ciento de los votos, y el partido socialista, con otros aliados de izquierda, no llegaba más que al veinte por ciento. Probablemente estas cifras eran las que engañaban a los comunistas, y les hacían seguir creyendo que tenían a Mitterrand como prisionero. Y así lo hacían ver en las elecciones presidenciales, tras la muerte de Pompidou, mostraban a Mitterrand como su candidato, el candidato único de la izquierda. Un candidato que fracasó frente a Giscard, que iba a comenzar su nueva era. Fue, probablemente, el peor momento de Mitterrand en esta larga aventura; y en su propio partido comenzó a aparecer una nueva figura, la de Rocard —que procedía del partido socialista unificado— y que presentaba proyectos más claros: ninguna alianza con los comunistas. Todavía en los meses anteriores a estas elecciones, batido ya Rocard por Mitterrand, la izquierda francesa creía que estaba ante una ocasión perdida, por culpa de la ambición personal de Mitterrand y de su megalomanía; y que si hubiera cedido ante Rocard, éste hubiera llevado al partido a la victoria... Sólo ahora, con la lucidez imaginaria que da el conocer lo que ha pasado, se advierte que probablemente con Rocard se hubiese perdido esta ocasión, que nadie vacila en llamar histórica.

La batalla interior del partido socialista ha ido perfilándose a medida que los militantes aumentaban y los electores crecían, elección tras elección. Para esta ocasión de ahora, Mitterrand tuvo que elegir para secundarle entre Rocard —Dicen que Mauroy se ha sacrificado en favor del partido al aceptar el delfinado de Mitterrand, que le ha llevado al puesto de primer ministro. El primero desde la primera vez que gobernó De Gaulle —en los

Hace 13 años, en mayo de 1968, las calles de París se poblaron de jóvenes que se enfrentaban con las viejas normas de la Francia del Código de Napoleón y con la falta de adecuación de la libertad a las costumbres. Perdieron. Pero hay quienes creen que han ganado, ahora, con el triunfo de la izquierda.





Por primera vez desde los gobiernos provisionales de la liberación (presididos por De Gaulle hasta 1946) hay ministros comunistas en un Gobierno francés: Anicet de Pors (Función Pública), Jack Ralite (Sanidad), Charles Fiterman (Transportes) y Marcel Rigaut (Formación Profesional): se ha roto un tabú en Occidente.

gobiernos provisionales de la posguerra— que ha decidido nombrar ministros comunistas. Eso sí: cuando el partido ha perdido su fuerza, cuando no puede ni siquiera imponer algunas premisas, y hasta cuando tiene que disculparse por aceptar. La misma noche del domingo electoral, en la sede de su partido, Marchais declaraba que estaría dispuesto a aceptar una oferta para formar parte del gobierno: sin entusiasmo, sin brío. Y en el momento en que sus militantes eran designados para ocupar cuatro Ministerios inocuos, aún tenía que explicar públicamente que era como consecuencia de unas «coincidencias» entre los puntos de vista del PCF y del PSF: no de un programa, de una elaboración, de un frente común. Nada más lejos de un Frente Popular, ni de una «Unión de la izquierda». Quizá una posibilidad personal de salvarse de la crisis interna. Y de

darle a Mitterrand la baza sindical. El alto patronato, que ha visto siempre la participación de los comunistas en el poder como casi una revolución, lo considera ahora como una cierta garantía contra las huelgas...

Examinando la situación con un cierto realismo nos encontramos con que para que el poder de la izquierda llegue al fin a Francia con unas características desconocidas hasta ahora ha sido preciso que el partido socialista se desnaturalizara y el partido comunista perdiera su fuerza. ¿Es el entierro de Carlos Marx? Es, por lo menos la constatación, por parte de quienes han ganado las elecciones, de que murió hace muchos años y no tuvo tiempo de prever un mundo como el de hoy. Para ganar el poder absoluto —con todo lo que tiene de riesgo esa expresión— Mitterrand ha trabajado sobre una Francia más aproximada al socialismo utópico, incluso al labo-

rismo de corte británico, que sobre las premisas marxistas. Las nacionalizaciones limitan a un mínimo —algunos bancos, algunas industrias enormes que ya atravesaban por algunas dificultades— que probablemente hubiera tenido que realizar un gobierno realmente centrista; la reducción de horas de trabajo conservando salarios iguales es una medida contra el paro que el patronato parece dispuesto a absorber, a condición de aumentar algunos precios. En realidad, el partido socialista francés, a partir incluso de su programa de «Cambiar la vida», ha hecho más hincapié en temas que proceden, casi, del humanismo enciclopedista: diríamos que de la misma Revolución Francesa antes de que la burguesía la torneara a su medida. Como tiene residuos del pensamiento nuevo de mayo de 1968. Más de un superviviente de aquel mayo me ha hablado estos días en París de que se reconoce en este nuevo enfoque de la vida, desde la abolición de la pena de muerte —Mauroy ha nombrado ministro de Justicia a un abolicionista absoluto— hasta el barrido en la radio y la televisión de la garra gubernamental; y una nueva burocracia que parece alzada contra el Código Napoleón —que nunca, de todas maneras, podrá abolirse en Francia: es una espina dorsal, que la sostiene, a condición de que ese esqueleto no se imponga a la carne política—; y los temas de la juventud, de la mujer, de las relaciones sexuales...

Es decir, que el término socialista y el término comunista han cedido el paso a un concepto mucho más amplio y mucho más generoso: el de izquierda. Probablemente a muchos les parecerá una herejía este tipo de distinción; y muchos, también, apelarán a los ejemplos tan conocidos de Alemania Federal o de Gran Bretaña —cuando ha sido laborista—, incluso a algunos modelos escandinavos, para demostrar que una idea amplia de izquierda termina siendo una traición si no está apoyada por unos dogmas básicos, y que ciertas evocaciones de Rousseau y de Voltaire pueden ser no solamente cómicas, sino hasta graves y peligrosas. Aparece, aquí, el fantasma de Allende, que tanto ha representado en la historia de la izquierda francesa —Mitterrand fue visitante atento de Chile; y la caída y muerte de Allende tuvo algo que ver con el retroceso asustado de la Unión de la izquierda en Francia—, que quiso hacer gobernar la izquierda con toda legalidad y fue arrollado por la derecha con toda ilegalidad. Pero Francia no es Chile. El dominio presidencial-

UN ACONTECIMIENTO EUROPEO

gobierno-parlamento-sindicatos que tiene el PS no se parece en nada a la posición inestable de Allende (se hubiera parecido más de haber habido un presidente socialista y una Asamblea derechista); ni los militares son los golpistas latinos (cuando lo fueron, otro militar. De Gaulle, no vaciló en aplicarles la pena de muerte, y las penas más duras: no han levantado cabeza desde entonces) ni la pobreza de fondo de Chile se parece a la riqueza que todavía conserva Francia; ni la tensión entre clases sociales es la misma. Ni siquiera las relaciones internacionales. Es decir, los Estados Unidos no son contrarios al sistema de valores occidentales que ha defendido Mitterrand, que es incluso otnista, aunque esto no suponga, ni mucho menos que Francia vaya a regresar al seno de la OTAN, Mitterrand se ha mostrado partidario de la «firmeza» en las relaciones con la URSS, en temas como Afganistán y como Polonia. George Bush, vicepresidente de Estados Unidos —y presidente del nuevo organismo de seguridad para casos de emergencia— visitaba a Mitterrand al día siguiente de haber nombrado éste a los ministros comunistas y probablemente, por debajo de los comunicados oficiales, establecía algunas bases de cooperación. De hecho, el dólar ha estado sosteniendo como ha podido al franco en los días en que la fuga de capitales y las maniobras de bolsa amenazaban las elecciones legislativas. Pero hay unos puntos oscuros en estas relaciones: Francia apoya el «tercer mundo», pero no sólo en el caso de Afganistán, sino en el de la necesidad de reconversión democrática de las dictaduras latinoamericanas (lo cual no le aleja demasiado del Senado de Estados Unidos, que no aceptó el programa de «derechos humanos» selectivos de Reagan), tiende a creer que es posible un acuerdo a largo plazo con la URSS, parece contrario a toda clase de rearmes, incluso a la instalación de los «euromisiles»... Todo esto no concuerda con la política de Reagan. Pero hay que pensar que si no hay incidentes graves Mitterrand está destinado a durar más tiempo que Reagan, y la legislatura socialista francesa más que la de los Estados Unidos, que en 1982 tiene que proceder a las elecciones de «medio término»: es decir, Mitterrand apuesta —como la socialdemocracia en Alemania— a que la tensión creada por Reagan en el mundo no va a durar.

Pero ¿va a mantener Mitterrand a la izquierda francesa el entusiasmo que ha provocado ahora? Hay que

pensar que Francia es un gigantesco mamut que ha ido acumulando durante siglos un capital de conservadurismo y de estabilidad que tantas veces ha destrozado gobiernos, y que una transformación total de la vida es absolutamente utópica, a no ser un plazo mucho más largo que el previsto para la presidencia y la legislación. Los que creen que ha comenzado la utopía se van a equivocar, sin ninguna duda, porque la utopía, como su propio nombre indica, no es de este mundo. Probablemente el objetivo de Mitterrand es mucho más corto, como corresponde a un gerente realista. Lo que se trata ahora es de cambiar la vida de los últimos 23 años: sobre todo, del septenato de Giscard. El largo período de la derecha —y parece un error básico limitarla a esos 23 años, como si lo sucedido antes no contase: a partir de la posguerra, del primer gobierno elegido, Francia no ha salido de la derecha, incluso con los gobiernos socialistas de guerra fría, como antes queda dicho— ha ido deformando el sentido democrático de Francia. Por eso conviene insistir en que lo que ha ganado no es el partido socialista por sí solo, sino un programa elaborado por el partido socialista para una especie de reconquista de la democracia; y si antes queda citado el vago espíritu de los enciclopedistas del XVIII y de los estudiantes de mayo de 1968 puede también citarse, como base principal, el espíritu de la posguerra inmediata: aquel por el cual se creyó que la democracia había ganado su guerra, y en realidad comenzó a ser tricionada poco después.

Es indudable que esta democracia sólo puede pasar por una revaluación de las clases desfavorecidas —y en el programa de Mitterrand no se olvida a los inmigrantes— y a los sectores marginados: es esto, y las medidas económicas, lo que le da todo su sentido y toda su posibilidad. Y que es algo que hay que considerar seriamente en un país como España, donde este proceso de nacimiento de la democracia—desnaturalización de la democracia se está dando con una velocidad, una aceleración histórica, mucho mayores. Lo que ha ganado en Francia es, también, una enseñanza libre en el sentido laico, una descentralización, una nueva manera de considerar el aborto, una mayor facilidad en la relación matrimoniodivorcio, una reducción del problema religioso que había ido reapareciendo en los últimos años, una defensa de la mujer —creación de 300.000 guarderías, subsidios a la mujer inferior-

zada—, un nuevo concepto más amplio en el sentido, que aquí aparece todavía como contradictorio, de más gratuidad y más liberalismo en la elección de médicos—, un nuevo favor de la cultura, un reforzamiento de los municipios... Es un inventario breve y no ordenado.

Quiere decirse con esto que lo que ha ganado en Francia es una izquierda sociológica, y que si ha reflejado en un partido concreto es porque antes ese partido concreto ha tratado de adecuar sus bases ideológicas y hasta sus viejos dogmas a una realidad y a unas aspiraciones que la derecha había ido traicionando, aunque estuvieran en sus programas. Al decir que ha triunfado esa izquierda sociológica en Francia hay que precisar que lo que ha triunfado es esa ideología, y que falta ahora la práctica. Los franceses, viejos escépticos, han creído por una vez que todo esto era posible. Si no llega a producirse en un ochenta, al menos en un setenta por ciento, en lo inmediato, el tropiezo para la izquierda puede ser muy grave: y no sólo en Francia.

Porque es evidente que se trata de una experiencia europea de primer orden. Es la rotura del desaliento, del descompromiso, del desencanto. Dicho de otra forma, desde hacía años los franceses, y los europeos en general estaban creyendo que esta aspiración de la izquierda general era imposible, porque los mecanismos de defensa de la derecha estaban perfectamente contruidos. La derecha universal ha sabido dar —y volvamos a mirar a España, donde ese fenómeno ocurre con apasionamiento— la sensación de que tiene una fuerza orgánica capaz de sujetar las instituciones democráticas y que nada puede prevalecer contra ella. Giscard, tras sus antecesores, había elaborado un poder televisivo, una reducción de la fuerza parlamentaria y una falta de credibilidad en los partidos; había manejado una policía sólida, y unos tribunales de defensa del Estado que parecían capaces de resistir a cualquier intento. Y una enseñanza que desde hace muchos años está fabricando las figuras del poder; y una electrónica al servicio de la empresa por una parte y de la vigilancia por otra. Una fortaleza, desde dentro de otra fortaleza —la constitución de De Gaulle— que parecían inexpugnables. El hecho de que hayan caído en un soplo de mayo y junio, con una respiración tranquila por parte de la oposición, es un acontecimiento que viene a demostrar que lo posible está siempre más allá de las definiciones interesadas. ■ E. H. T.